



CAPÍTULO VIII.

Carácter de la marquesa de Chaves, y personas que ordinariamente la visitaban.



RA la marquesa de Chaves una viuda de treinta y cinco años, bella, alta y bien proporcionada. No tenía hijos, y gozaba de diez mil ducados de renta. Nunca ví muger mas seria ni que menos hablase. Con todo eso era celebrada en Madrid, y generalmente tenida por la señora de mayor talento. Lo que quizá contribuía mas que todo á esta universal reputacion, era la concurrencia á su casa de los primeros personages de la corte, así en nobleza como en literatura: problema que yo no me atreveré á decidir. Solo diré que bastaba oír su nombre para conceptuar que el que allí concurría era de un gran talento, y que su casa la llamaban por excelencia *el tribunal de las obras ingeniosas*.

Con efecto, todos los dias se leían en ella ya poemas dramáticos, ya poesías líricas, pero siempre sobre asuntos sérios. Negábase la entrada á toda composicion jocosa. La mejor comedia ó la novela mas ingeniosa y mas alegre, no se miraba sino como una pueril y ligera produccion que no merecia alabanza alguna. Por el contrario, la mas mínima obra séria, una oda, un soneto, una égloga, pasaban allí por el último esfuerzo del ingenio humano. Pero sucedía tal vez que el público no se conformaba con la decision del *tribunal*; antes bien censuraba sin reparo las obras que habian sido en él muy aplaudidas.

La marquesa me hizo maestresala de su casa. Era incumbencia de mi empleo arreglar el cuarto de mi nueva ama para recibir las gentes, disponiendo almohadones para las damas, sillas para los caballeros, y cada cosa en su respectivo sitio; quedándome despues en la antesala para anunciar é introducir á los que llegaban. El primer dia, conforme yo los iba introduciendo, el ayo de pajes, que casualmente se hallaba entonces con-

migo en la antesala, me los pintaba graciosamente. Llamábase Andres de Molina el tal ayo, y aunque era naturalmente serio y burlon no le faltaba entendimiento. El primero que se presentó fué un obispo: anuncié su venida, y despues que hubo entrado, me dijo el maestro de pajes:—Ese prelado es de un carácter bastante gracioso. Tiene algun valimiento en la corte; mas no tanto como quiere persuadir. Ofrécese á servir á todos, y á ninguno sirve. Encontróle un dia en la antecámara del Rey un caballero que le saludó. Detúvole el obispo, hízole mil cumplimientos, le cogió la mano, apretósela, y le dijo:—Soy todo de V. S.: no me niegue el favor de acreditarle mi amistad, pues no moriré contento si no logro alguna ocasion de servirle. Correspondióle el caballero con espresiones de reconocimiento, y apenas se habian separado, cuando el obispo volviéndose á uno de los que iban á su lado, le dijo:—Quiero conocer á este hombre, y no me acuerdo quién es: solo tengo una idea confusa de haberle visto en alguna parte.

Poco despues del obispo se dejó ver un señorito, hijo de cierto grande, á quien hice entrar inmediatamente en el cuarto de mi ama. Así que entró me dijo el señor Molina:—Este señorito es tambien un ente raro. Va á una casa sin otro fin que el de tratar con el dueño de ella de negocios de importancia; está en conversacion con él una ó dos horas, y se marcha sin haber hablado siquiera una palabra sobre el asunto á que habia ido. A este tiempo viendo el ayo de los pajes llegar á dos señoras, añadió:—Ve aquí á Doña Ángela de Peñafiel, y á Doña Margarita de Montalvan. Estas dos señoras en nada se parecen una á otra: Doña Margarita presume de filósofa; se las tiene tiesas con los mayores doctores de Salamanca, y ninguno la ha visto ceder jamas á sus argumentos. Doña Ángela, por el contrario, aunque es verdaderamente instruida, nunca hace de doctora. Sus pensamientos son finos, sus discursos sólidos, y sus espresiones delicadas, nobles y naturales.—Este segundo carácter, le respondí yo, es un carácter muy amable; pero el otro me parece cae muy mal en el bello seco.—¿Qué dice vd. *muy mal en el bello seco*? replicó Molina prontamente: es tan fastidioso aun en los hombres, que á muchos hace ridículos. Tambien nuestra ama la marquesa adolece un poco de este achaque filosófico. Yo no sé sobre qué se tratará hoy en nuestra academia; pero se disputará mucho.

Al acabar estas palabras vimos entrar un hombre seco, muy grave, cejjunto y fruncido. No le perdonó mi caritativo instructor.—Este es, me dijo, uno de aquellos entes serios que quieren pasar por hombres de gran talento á favor de su silencio ó de algunas sentencias de Séneca, y que ecsaminados de cerca no son mas que unos pobres mentecatos. Tras de este entró un caballero de bastante buena presencia, pero con aire

de hombre pagado de sí mismo. Pregunté á Molina quien era, y me respondió:—Es un poeta dramático, el cual ha compuesto cien mil versos en su vida que no le han valido cuatro cuartos; pero en recompensa con solos seis renglones en prosa acaba de formarse una buena renta.

Iba á decirle me esplicase en qué habia consistido el haber logrado á tan poca costa aquella fortuna, cuando oí un gran rumor en la escalera. —¡Bravo! exclamó el maestro de pajes, aquí tenemos al Licenciado Campanario, que se deja oír mucho antes que se le vea. Comienza á hablar en voz alta desde la puerta de la calle, y no lo deja hasta que vuelve á salir por ella. Con efecto, resonaba en toda la casa la voz del Licenciado Campanario, que al fin se presentó en la antesala con un bachiller amigo suyo, y no cesó de hablar mientras duró su visita.—Este Licenciado, dije á Molina, parece hombre de ingenio.—Sí lo es, me respondió: tiene ocurrencias muy chistosas: se esplica con gracia y agudeza: es muy divertida su conversacion; pero ademas de ser un hablador molestísimo, repite siempre sus dichos y cuentos. En suma, para no estimar las cosas mas de lo que valen, estoy persuadido de que su mayor mérito consiste en aquel aire cómico y festivo con que sazona lo que dice; y así no creo que le haria mucho honor una coleccion de sus agudezas y sus gracias.

Fueron entrando despues otras personas, de todas las cuales me hizo Molina muy graciosas descripciones, sin olvidar la pintura de la marquesa, que fué de mi gusto. Esta, me dijo, tiene un talento regular, en medio de su filosofía. Su carácter no es impertinente, y da poco que hacer á los que la sirven. Entre las personas distinguidas es de las mas racionales que conozco: no se le advierte pasion alguna: ni el juego ni los galanteos le gustan: solo le agrada la conversacion; y en una palabra, su vida seria intolerable para la mayor parte de las damas. Este elogio del maestro de pajes me hizo formar un concepto ventajoso de mi ama. Sin embargo, pocos dias despues no pude menos de sospechar que no era tan enemiga del amor; y el fundamento de mi sospecha fué el siguiente.

Estando una mañana en el tocador se presentó en la antesala un hombrecillo como de cuarenta años, pero de malísima figura, mas mugriento que el autor Pedro de Moya, y á mayor abundamiento muy corcobado. Díjome que deseaba hablar á la marquesa; y preguntándole yo de parte de quien:—De la mia, me respondió arrogante: diga vd. á la señora que soy aquel caballero del cual estuvo hablando ayer con Doña Ana de Velasco. Apenas se lo dije á mi ama, cuando toda enagenada de alegría me mandó le hiciese entrar. No solo le recibió con estrañas demostraciones de aprecio, sino que mandó salir á todas las criadas, de modo

que el corcobadillo, mas afortunado que una persona de provecho, se quedó á solas con ella. Las criadas y yo nos reimos un poco de esta visita tan graciosa que duró una hora; al cabo de la cual mi ama le despidió con mil cortesanias espresiones, que demostraban bien lo contenta que quedaba de él.

En efecto, lo quedó tanto, que por la noche me llamó á parte y me dijo:—Gil Blas, cuando venga el corcobado, hazle entrar en mi gabinete lo mas secretamente que puedas; cuyo encargo confieso que me dió mucho en que sospechar. Sin embargo, obedeciendo la órden de la marquesa, luego que se dejó ver aquel hombrecillo, que fué á la mañana siguiente, le introduje por una escalera escusada hasta el gabinete de la señora. Caritativamente hice lo mismo por dos ó tres veces; de lo cual inferí, ó que la marquesa tenia estrañalarias inclinaciones, ó que el corcobadillo le servia de tercero.

Poseido yo de esta idea, me decia:—Si mi ama se ha enamorado de un buen mozo, se lo perdono; pero si se ha prendado de semejante macaco, no puedo verdaderamente disculpar un gusto tan depravado. ¡Pero cuán mal pensaba yo de aquella señora! Aquel macaco se empleaba en la magia, y como se ponderaba su ciencia á la marquesa, que creia gustosa en los prestigios de los saltimbanquis, tenia conversaciones á solas con él. Hacia ver los objetos en un vaso, enseñaba á dar vueltas al cedazo, y revelaba por dinero todos los misterios de la cábala; ó bien (para hablar con mas esactitud), era un bribon que subsistia á espensas de las personas demasiado crédulas, y se decia que á ello contribuian muchas señoras de distincion.





CAPITULO IX.

Por qué incidente Gil Blas salió de casa de la marquesa de Chaves, y cual fué su paradero.



EIS meses habia que yo servia á la marquesa de Chaves, y me hallaba muy contento con mi conveniencia; pero mi destino no me permitió mantenerme mas tiempo en su casa, ni menos quedarme por entonces en Madrid. El motivo fué el lance que voy á contar.

Entre las criadas de la marquesa habia una llamada Porcia, que, sobre jóven y hermosa, era de un carácter tan bueno, que me captó la voluntad sin saber que me seria necesario disputar su corazon. El secretario de la marquesa, hombre soberbio y celoso, estaba enamorado de mi ídolo, y apenas advirtió mi amor, cuando, sin procurar informarse si Porcia me correspondia, resolvió que nos midiésemos la espada, y me citó una mañana para un parage retirado. Como era un hombrecillo que apenas me llegaba á los hombros, me pareció enemigo poco temible, y lleno de confianza acudí al sitio señalado. Lisonjeábame yo de una completa victoria, y de adquirir por ella nuevo mérito con Porcia; pero el resultado humilló mucho mi presuncion. El secretarillo, que habia aprendido dos ó tres años la esgrima, me desarmó como á un niño; y poniéndome al pecho la punta de la espada, me dijo:—Prepárate para morir, ó dame palabra sobre tu honor de que hoy mismo saldrás de casa de la marquesa de Chaves sin pensar mas en Porcia. Prometíselo así, y lo cumplí sin repugnancia. Corríame de presentarme delante de los criados de la casa despues de haber sido tan ignominiosamente vencido, y mucho mas de presentarme ante la hermosa Helena¹, inocente ocasion de nues-

¹ Hermosa Helena se dice á una muger por alusion á la griega Helena, esposa del rey Menelao, cuya estro-mada hermosura escitó en Páris, hijo del rey de Troya Priamo, el deseo de poseerla, y la robó á su esposo y á la Gracia, lo que fué causa de las famosas guerras entre Griegos y Troyanos, que no acabaron hasta la destruccion de Troya.

tro desafio. No volví, pues, á casa sino para recoger mi ropa y dinero, y el mismo dia me encaminé á Toledo, con la bolsa bastante provista, y cargado con toda mi ropa puesta en un lio. Aunque por ningun caso me habia obligado á salir de Madrid, juzgué me convendria mucho alejarme de aquella villa, á lo menos por algunos años, y así tomé la determinacion de dar una vuelta por España, deteniéndome en las ciudades y pueblos el tiempo que me pareciese. Con el dinero que tengo, me decia, gastándolo con discrecion, tendré para correr gran parte del reino, y cuando se haya acabado, me pondré de nuevo á servir; pues un mozo como yo, hallará acomodos sobrantes cuando le venga en voluntad buscarlos, y no tendré mas que escoger.

Como tenia particulares deseos de ver á Toledo, llegué allí al cabo de tres dias, y fuí á tomar posada en un buen meson, en donde me tuvieron por un caballero de importancia, con el ausilio de mi vestido de aventuras amorosas que no dejé de ponerme; y con el aire que tomé de elegante, podia fácilmente introducirme con las buenas mozas que vivian en la vecindad; pero habiendo sabido que era necesario comenzar en su casa por hacer un gran gasto, fué forzoso contener mis deseos. Hallándome siempre con gusto de viajar, despues de haber visto todo lo que habia de curioso en Toledo, salí de allí un dia al amanecer, y tomé el camino de Cuenca con ánimo de pasar al reino de Aragon. Al segundo dia de jornada me metí en una venta que encontré en el camino, y cuando empezaba á refrescarme entró una partida de cuadrilleros de la Santa Hermandad. Estos señores pidieron vino, y mientras estaban bebiendo les oí hacer mencion de las señas de un jóven á quien llevaban orden de prender.—El caballero, decia uno de ellos, no tiene mas que veinte y tres años, el pelo largo y negro, bella estatura, nariz aguileña, y monta un caballo castaño.

Estúvelos yo escuchando sin mostrar atencion á lo que decian, y en la realidad me importaba poco el saberlo. Dejélos en la venta, y proseguí mi camino; pero no habia andado aun medio cuarto de legua, cuando encontré á un mocito muy galan que iba en un caballo castaño. ¡Vive diez! dije para mí, que ó yo me engaño mucho, ó este es el sugeto á quien buscan los cuadrilleros. Tiene el pelo largo y negro, y la nariz aguileña; seguramente él es á quien quieren atrapar, y he de hacerle un buen servicio.—Señor, le dije, permítame vd. que le pregunte si le ha sucedido algun pesado lance de honor. El jóven sin responderme fijó los ojos en mí, y mostróse admirado de mi pregunta. Aseguréle que ésta no nacia de pura curiosidad, y quedó bien convencido de ello luego que le conté todo lo que habia oido á los ministros en la venta.—Generoso desconocido, me respondió, no puedo ocultaros que tengo motivo para

ereer ser efectivamente yo á quien busca esa gente: y por lo mismo voy á tomar otro camino para no caer en sus manos.—Yo seria de parecer, repuse entonces, que buscásemos por aquí un sitio retirado donde vd. estuviese seguro y ambos á cubierto de una gran tempestad que veo nos está amenazando. Al decir esto, descubrimos una calle de árboles bastante frondosos, y habiéndonos metido en ella, nos condujo al pié de una montaña, donde encontramos una ermita.

Era esta una grande y profunda gruta que el tiempo habia socavado en la falda de aquel monte, y delante de ella se registraba como un corral que habia fabricado el arte, cuyas paredes se componian de una especie de argamasa formada de piedrezuelas, rodeado todo para mayor defensa, de un género de foso cubierto de verdes céspedes. Los contornos de la gruta estaban sembrados de flores olorosas que llenaban de suavísima fragancia el ambiente inmediato; y cerca de la misma gruta se descubria una hendidura en el monte, de cuyo centro brotaba un manantial de agua que corria á dilatarse por una pradería. A la entrada de esta cueva solitaria habia un buen ermitaño que parecia un hombre consumido por la vejez. Apoyábase en un báculo, y en la otra mano llevaba un gran rosario de cuentas gordas y de veinte dieces por lo menos. Su cabeza estaba como sepultada en un capuz de lana parda, con unas largas orejeras; y su barba mas blanca que la nieve le bajaba hasta la cintura. Acercámonos á él, y yo le dije:—Padre mio, ¿nos dará licencia para que le pidamos nos refugie contra la tempestad que viene sobre nosotros? —Venid, hijos mios, respondió el anacoreta despues de haberme mirado con atencion, mi pobre gruta está á vuestra disposicion, y podreis estar en ella todo el tiempo que quisiereis. El caballo, añadió, le podeis meter en aquel corral, señalándolo con la mano, donde creo que estará bien acomodado. Metimos en él el caballo, y nosotros nos refugiamos en la gruta, acompañándonos siempre el venerable viejo.

Apenas entramos en ella cuando cayó una copiosa lluvia mezclada de relámpagos y espantosos truenos. El ermitaño se hincó de rodillas delante de una estampa de san Pacomio, que estaba pegada á la pared, y nosotros hicimos lo mismo á ejemplo suyo. Cesó la tempestad, y cesaron tambien nuestras oraciones. Levantámonos; pero como todavía seguia lloviendo y la noche se acercaba, nos dijo el ermitaño:—Yo, hijos mios, no os aconsejaré os pongais en camino con este temporal, y mas estando tan cerca la noche, á no obligaros á ello algun negocio grave y urgente.—Respondimosle que ninguna cosa nos impedia el detenernos sino el justo temor de incomodarle, y que á no ser éste, ántes le suplicáramos nos permitiese pasar allí la noche.—La incomodidad será para vosotros, respondió cortesantemente el anacoreta: tendréis mala ca-



ma y peor cena, porque solo puedo ofreceros la de un pobre ermitaño.

En esto nos hizo sentar á una desdichada y rústica mesilla, donde nos sirvió unas cebollas con algunos mendrugos, y un jarro de agua. Esta, dijo, es mi comida y cena ordinaria; pero hoy es razon hacer algun esceso en obsequio de unos huéspedes tan honrados. Dijo, y marchó luego á traer un pedazo de queso y dos puñados de avellanas, que echó sobre la mesa. Mi compañero, que no tenia mucho apetito, hizo poco gasto de aquellos manjares. Observólo el ermitaño, y dijo:—Veo que estais acostumbrado á mesas mas regaladas que la mia, ó por mejor decir, que la sensualidad ha estragado en vos el gusto natural. Yo también he vivido en el mundo. Entonces no eran bastante buenos para mí los manjares mas delicados, ni los guisados mas esquisitos; pero la soledad y el hambre han restituido la pureza al paladar. Ahora solo me gustan las raíces, la leche, las frutas, y en una palabra, todo aquello que servia de alimento á nuestros primeros padres.

Mientras el anacoreta estaba hablando, el caballerito se quedó como enagenado en una profunda cavilacion. Notólo el viejo, y le dijo:—Hijo mio, vos teneis atravesado el corazon con alguna espina que os punza mucho. ¿No podré saber el motivo de la grave afliccion que os atormenta? Desahogad conmigo vuestro pecho. No me mueve á este deseo la curiosidad: la caridad es la única causa que á ello me anima. Hállome en edad en que puedo daros algun buen consejo; y vos me pareceis estar en una situacion que necesita bien de él.—Sí, padre mio, respondió el caballerito arrancando del pecho un doloroso suspiro: es muy cierto que tengo gran necesidad de consejo; y pues vos me ofreceis el vuestro con piedad tan generosa, quiero seguirle. Estoy muy persuadido de que nada arriesgo en descubrirme á un hombre como vos.—No hijo, replicó el ermitaño, no teneis que temer: soy hombre á quien se le puede confiar cualquiera cosa, sea la que fuere. Entonces el caballero habló de esta manera.

